

fin, pues, por lo demás, la razón sola está expuesta á confusiones que ni la inteligencia puede concebir ni adivinar, ni tampoco evitar, mientras que con la oración se alcanza la gracia, y con ésta se llega á la claridad. Pronunciemos las palabras poderosas que nos ha inspirado el Espíritu Santo para vencernos á nosotros mismos y para inclinar la misericordia de Dios, de la misma manera que la madre inspira al niño culpable la palabra que su padre le exige para reconciliarse con él y perdonarle su infidelidad; no seamos obstinados para con la clemencia divina, y no rechacemos nuestra salvación. Podemos todos los días exclamar : « ¡Señor, *haced que yo vea!* » Nosotros creemos siempre bien poco para dejar de sentir la necesidad de repetir estas otras palabras dirigidas á Jesús : « ¡Yo creo, Señor; *ayudad mi incredulidad!* »



Lámina 20.—La Resurrección de la carne.
 « Yo resucitaré y veré á mi Dios en mi carne » (Job, XIX, 26).
 Miniatura de una Biblia moralizada del siglo XIV.

SEGUNDA PARTE

JESUCRISTO VIVO

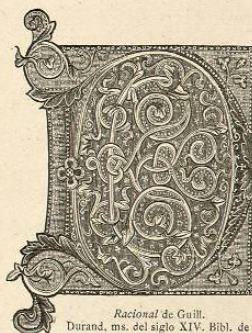


I

EL PRÓLOGO DEL EVANGELIO

Nazaret, Belén, el Jordán.—Zacarías, Isabel, María, Juan, José, Herodes.—Los Antecesores de Jesús, la Tentación en el Desierto, los primeros Discípulos

NAZARET, BELÉN, EL JORDÁN



*Decoración de Gull.
Durand, ms. del siglo XIV. Bibl. de
M. Ambr. Firmin-Didot.*

DICE el texto sagrado que el sacerdote Zacarías é Isabel, su mujer, ambos justos en la presencia de Dios, no tenían sucesión, ni tampoco la esperaban á causa de su edad ya avanzada, y también porque Isabel era estéril. Un día que Zacarías, por haberle tocado en suerte, se hallaba en el Templo ejerciendo su cargo sacerdotal, recibió la visita de un ángel del Señor, diciéndole: que su oración había sido escuchada, y que Isabel tendría un hijo, á quien impondría el nombre de Juan; y el ángel, antes de desaparecer, añadió: que este hijo, lleno del

Espíritu Santo desde las entrañas de su madre, andaría siempre delante del Señor, con la virtud del Profeta Elías, para preparar los hombres á recibir la salud.

Zacarías se había limitado á orar por la venida del Mesías, y, por lo tanto, ni comprendía las palabras del ángel, ni tampoco las creía. El ángel le anunció que Dios, para castigarle por su incredulidad, le dejaría mudo hasta el cumplimiento de lo que le había predicho; y, en efecto, Zacarías salió ya del Templo todo pálido y sin voz; sus señales solamente hicieron conocer que él había tenido una visión. Mientras tanto Isabel concibió en sus entrañas, y oculta y llena de humildad, daba gracias á Dios, porque la había quitado el óprobio de la esterilidad.

El ángel Gabriel, el mismo que se apareció á Zacarías, fué enviado por Dios seis meses después á una virgen de la familia de David, que habitaba en Nazaret de Galilea; esa doncella inocente se llamaba María, que, aunque huérfana, había sido educada con mucho esmero en el Templo. Poco después, el gran Sacerdote, ó, según opinión de otros, los parientes que aún la quedaban, la prometían como esposa á José, hombre justo y recto, de mucha más edad que ella y también descendiente de la familia de David. José ejercía la profesión de carpintero, y María tenía á la sazón catorce años (1).

El ángel se presentó delante de esta virgen y la dijo: «Yo

(1) El abate Orsini dice que la Virgen, al desposarse con San José, tenía quince años (*Historia de María Madre de Dios*, tomo 1, cuarta edición barcelonesa, pág. 190).—(Nota del Traductor).

te saludo, ¡oh llena de gracia! Tú eres bendita entre todas las mujeres, y el Señor está contigo.» La anunció en seguida Aquel que había de nacer de ella, y que le llamaría Jesús, que quiere decir *Salvador*.

Aunque María estaba ya acostumbrada á ver los ángeles y á tratarles, no estaba, sin embargo, preparada á la grandiosidad de tan solemne mensaje, y por eso la humilde hija de David, según dice el texto sagrado, se turbó; ella no dudó, como Zacarías, y se contentó con dar una respuesta que manifestase la resolución que anteriormente había tomado de permanecer siempre virgen. Entonces el ángel la hizo saber que sería madre por virtud del Espíritu Santo, y que por esa razón sería llamado el Hijo de Dios el Santo que había de nacer de ella, y al mismo tiempo la manifestó que su prima Isabel, la que se llamaba estéril, se hallaba ya en el sexto mes de su embarazo, pues convenía que María fuera la primera en conocer el secreto de la milagrosa concepción del Precursor.

Después que María hubo oído todas estas cosas, dijo: «*Hé aquí la sierva del Señor, y que se haga en mí según tu palabra,*» y al momento el ángel desapareció de su vista.

Pronunciando María palabras tan humildes y que garantizan nuestra salud era el eco del mismo Verbo, porque por labios de David, prediciendo su venida á este mundo, Jesús se había llamado á sí mismo, no el Hijo de la virgen, sino de la sierva: «*Yo tu siervo é hijo de tu sierva.*» Habiendo consentido María



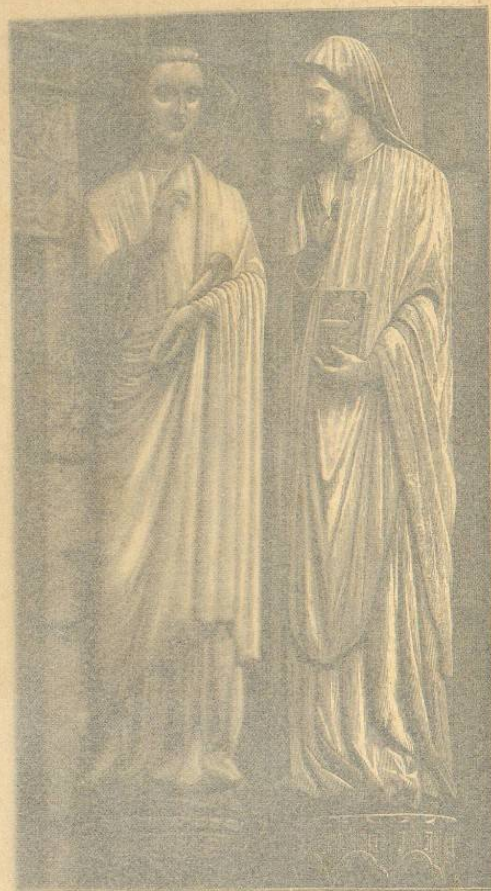
Lámina 21.—1.ª Anunciación: el ángel Gabriel y la Virgen.—Escultura de la catedral de Amiens, que data del siglo XIII.

y aceptado los designios de Dios, se cumplió el gran misterio de la Encarnación; y vierten, por lo tanto, una asombrosa



LA VISITACION.

Viste a la derecha a María Salomé; a la izquierda a María, madre de Jacobo, parientes de la Virgen.
Cuadro de Domenico Ghirlandajo, en el Museo del Louvre. Siglo XV.



Elencina y el Sr. Anonimato y el Sr. Gabriel y la Virgen.—Escultura de la catedral de Amiens, que data del siglo XIII.

y aceptado las designios de Dios, se cumplió el gran misterio de la Encarnación; y vierten, por lo tanto, una asombrosa



Frazer, lith.

Imp. F. Dublet Paris

LA VISITACION

Vese á la derecha á María Salomé; á la izquierda á María, madre de Jacobo, parientes de la Virgen. Cuadro de Dominico Ghirlandaio, en el Museo del Louvre. Siglo XV.

realidad estas palabras evangélicas : *«El Verbo ha sido hecho carne, y habita entre nosotros.»*

Instruída María por la revelación del ángel, y obediente á la inspiración de Aquel que ya existía y habitaba en ella, apresuró su marcha al país de las Montañas, en Hebrón, donde vivía Isabel. Jesús quería santificar al Precursor con su presencia escondida, y, entrando en casa de Zacarías, saludó María á su prima, y al momento el niño que Isabel tenía en sus entrañas dió un salto, y ella misma se sintió llena del Espíritu Santo.

Isabel exclamó, dando una gran voz : *«¡Tú eres bendita entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tus entrañas! ¿De dónde me viene á mí que me visite la madre de mi Señor? Porque, desde el momento que yo he oído tu voz, el niño ha saltado de alegría en mi seno. Tú eres bienaventurada por haber creído, y todo lo que se te ha anunciado de parte del Señor será cumplido.»*

María entonces se expresó de la manera siguiente : *«Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu es arrebatado de alegría en Dios mi salud. Él ha mirado la humildad de su sierva, y por eso me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Porque ha hecho en mí grandes cosas Aquel que es Todopoderoso. Y su nombre es santo; y su misericordia se extiende de generación en generación sobre los que le temen. Él ha desplegado la fuerza de su brazo y destruído los designios de los soberbios y enorgullecidos en los pensamientos de su cora-*

»zón. Él ha arrojado de sus sillas á los poderosos, y ha elevado á los humildes. Ha llenado de bienes á los pobres llenos de



Lámina 22.—La Natividad: Adoración de los pastores.—Cuadro de Lorenzo di Credi, que se halla en la galería de Florencia y data del siglo XV.—El sentimiento religioso de este cuadro contrasta notablemente con la composición de Alberto Durero, que no ha buscado sino el género pintoresco.

»hambre, y despojado á los que estaban en la abundancia. Ha levantado á Israel, acordándose de la misericordia prometida á nuestros padres, á Abraham y su posteridad por todos los siglos.»

Terminado el tiempo del embarazo de Isabel, dió ésta á luz un niño, y el día de la circuncisión, que era el octavo después del nacimiento, los parientes querían darle el nombre de su padre. Isabel deseaba que se llamase Juan, lo que confirmó también Zacarías, que continuaba aún mudo, escribiendo estas palabras: «*Juan es su nombre.*» En el mismo instante quedó expedita la lengua de Zacarías, y profetizó, bendiciendo al Dios de Israel por haberse acordado de su misericordia para con su pueblo y haberle dado un Salvador de la casa de David. Asimismo, dirigiéndose á su hijo, le predice que marcharía delante del Señor para prepararle sus caminos, á fin de alcanzar el perdón de los pecados; delante del sol que se levantaría á iluminar á los que habitaban en tinieblas y sombra de muerte y á dirigir nuestros pasos por el camino de la paz.

El ruido de todas estas cosas se extendía por las montañas de Judea, y daba lugar á que se preguntase qué llegaría á ser semejante niño.

Á su vuelta del Hebrón, María permaneció silenciosa en Nazaret, descansando enteramente en su Dios; y José, avisado en sueños por el ángel del Señor, guardó y cuidó á su esposa, que él había tenido el pensamiento de abandonar. Así supo aquel patriarca que el Hijo de la Virgen debía llamarse Jesús, porque sería el Salvador de Israel; y como era varón justo y piadoso, y estaba instruído en las Santas Escrituras, conoció entonces que el acontecimiento que había de tener lugar sería el

cumplimiento de la profecía de Isaías: «*Hé aquí que una virgen estará encinta y dará un Hijo al mundo.*»

Todavía estaba por cumplirse otra profecía, pues estaba escrito que el Mesías nacería en Belén de Judá. Una circunstancia apremiante obligó á José á ir allí en compañía de María, por más que ésta se hallase ya casi al término de su embarazo. Siendo Belén la ciudad de David, de donde los dos traían su descendencia, estaban obligados á inscribirse allí para el empadronamiento general mandado hacer por el emperador Augusto; y con ese fin dejaron la Galilea, y llegaron á Belén cuando una multitud de extranjeros concurría también allí de Jerusalén, en donde se celebraba la fiesta de las Luces; y no encontrando lugar donde hospedarse, se albergaron en la gruta de un campo próximo á la ciudad.

Allí fué donde, vencida la media noche, sin experimentar alguno de los sufrimientos del parto, y á la manera que el sol derrama su luz y la flor exhala su aroma, dió María al mundo su Hijo unigénito, su Hijo único amado, Aquel mismo que San Juan llama «el Hijo único del Padre», y San Pablo «el Unigénito de Dios».

El lugar donde nació Jesús era una propiedad del Templo, y en aquél se engordaban los animales destinados para los sacrificios. Albergábanse muy cerca unos pastores que velaban durante la noche, quienes repentinamente vieron aparecer un ángel rodeado de vivo esplendor, que les dijo no tuviesen mie-

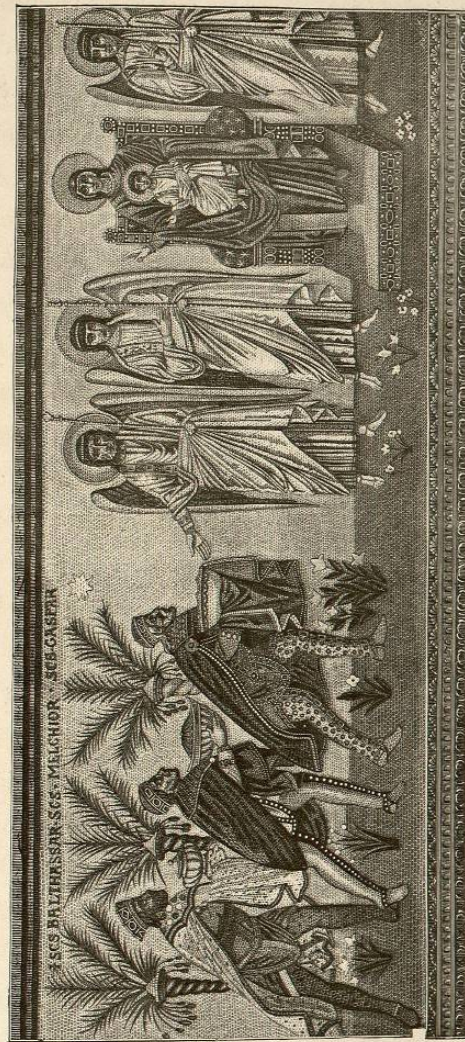


Lámina 23.—Adoración de los Reyes Magos, representando los gentiles sujetos al poder de Jesucristo. Ca-pir ofrece oro, símbolo de la dignidad real de Jesús; Baltasar ofrece incienso, como figura de sacerdocio, y Melchior presenta la mitra, que servía para embalsamar los cuerpos, como símbolo de la muerte.—Mozaico de la iglesia de San Vital, en Rávena, y data del siglo VII.

do, sino que, por el contrario, entrasen á gozar de un justo júbilo, «porque hoy mismo, les seguía diciendo, en la ciudad de David os ha nacido un Salvador, y es el Cristo, Nuestro Señor; mirad el signo por el cual podéis conocerle: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.» En el mismo instante una legión numerosa de la familia celestial, uniéndose al ángel, entonó este magnífico canto: «*Gloria á Dios en las alturas del cielo, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.*»

Los pastores se pusieron en viaje, y se excitaban los unos á los otros, diciéndose: «*Vamos, vamos á Belén;*» y al llegar allí, encontraron á María y á José y también al Niño acostado en el pesebre, y conocieron con evidencia la verdad de todo lo que se les había anunciado. Seguidamente, dando gracias á Dios, se volvieron á guardar sus ganados, y publicaron lo que habían oído y lo que habían visto.

Mientras tanto María conservaba cuidadosamente en su corazón todo lo que oía y todas estas cosas que pasaban á su vista, y muy poco tiempo después, unos hombres, llamados Magos, por causa de su gran ciencia, procedentes de Oriente, se presentaron en Jerusalén, diciendo que el Rey de los judíos había nacido, porque habían visto su estrella, y preguntaban con ansia el lugar en donde podrían encontrarle, puesto que su viaje tenía por objeto el adorarle. La presencia de los Magos llenó de asombro á toda la ciudad, y Herodes, príncipe receloso,

cruel y lleno de astucia, tuvo también noticia de la llegada. Comprendió que el Rey anunciado era un competidor á su tro-

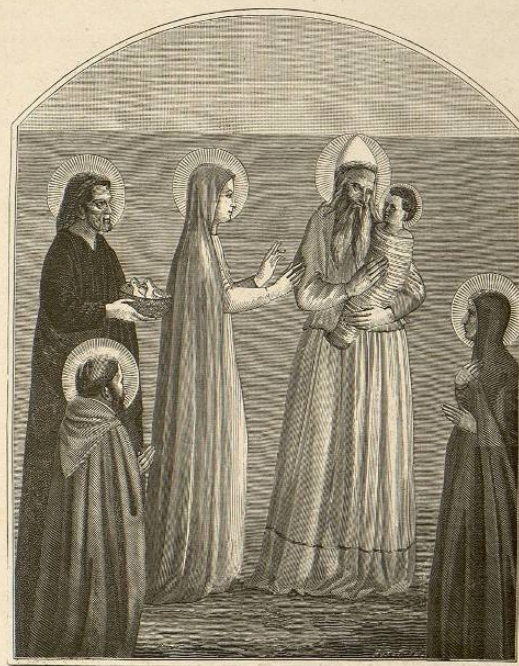


Lámina 24.—Presentación en el Templo. Á la derecha está Ana, la profetisa, y á la izquierda San Pedro, mártir.—Cuadro al fresco de Fra Angelico, que se conserva en Florencia, en el convento de San Marcos, y data del siglo XV.

no, é inquietándole esta idea, se apresuró á informarse del lugar donde debía nacer. Los principales personajes de la nación, los escribas y los sacerdotes, le contestaron unánimemente que



Lámina 25.—La huida á Egipto.—Grabado de Martin Schœn, del siglo XV.—Según una tradición, cuando la Sagrada Familia atravesó el desierto donde habían estado errantes los hebreos, se cubrieron repentinamente de flores y de frutos aquellos solitarios lugares.

nacería en Belén de Judá, y, oyendo semejante respuesta, Herodes dió libertad á los Magos para que fueran allí, encar-

gándoles que luego que hubieran visto al recién nacido, volvieran á informarle, con el fin de presentarle él mismo su adoración. Los Magos salieron de Jerusalén contentos y llenos de confianza, y la estrella que les había guiado hasta allí, apareciéndose nuevamente, les condujo hasta el lugar en donde estaba Jesús. Encontraron en dicho lugar al Niño y á su madre, y después de adorarle, le ofrecieron oro, incienso y mirra; hecho lo cual, durante el sueño de la noche, fueron avisados de no volver adonde estaba Herodes, y, en su consecuencia, regresaron á su país por otro camino diferente.

Entre los judíos la ceremonia de la circuncisión se verificaba ocho días después del nacimiento; á los cuarenta días de aquél tenía lugar otra doble ceremonia para la purificación de la madre y la presentación del niño en el Templo. Todo varón primogénito estaba consagrado al Señor, y debía rescatarse á precio de oro, en conmemoración de la libertad de Egipto. Los padres de Jesús le llevaron al Templo para cumplir con la ley; y al mismo tiempo de entrar en él, llegaba también, movido por la inspiración del Espíritu Santo, el anciano Simeón, hombre justo que esperaba el consuelo de Israel, y á quien, por revelación divina, se le había dado la seguridad de que no moriría sin haber antes saludado al Cristo.

Simeón, pues, tan luego como vió al Niño Jesús, le tomó en sus brazos, y en acción de gracias entonó este cántico: *«Es llegada la hora, Señor, de que, según vuestra palabra, per-*